

VEINTICINCO AÑOS EN LA HISTORIA DE CHINA

HACE veinticinco años —el 1 de octubre— del momento en que Mao Tse-tung proclamó la República Popular China, en la Puerta de la Paz Celestial de Pekín. En el aniversario, todos los medios de expresión chinos —periódicos, pancartas, discursos rurales, carteles en las paredes, radios— no han cesado de repetir los datos de transformación de un país hundido entonces en la miseria, el hambre, los horrores de una guerra civil sin cuartel y sometido a las dominaciones extranjeras, y su contraste con la China actual: un país de velocísimo desarrollo industrial y agrícola, reconocido por todos los del mundo, con un peso en el concierto mundial y una capacidad defensiva que le hace prácticamente invulnerable. Aun descontando la exageración propia de la propaganda —la propaganda, en el caso de China, ha sido un motor importante—, puede convenirse fácilmente en que ningún otro país ha conseguido progresos tan espectaculares en tan corto tiempo. Si la situación interior china es todavía lejana a la de los países espectacularmente desarrollados —según un reciente análisis, la distancia entre China y Estados Unidos es de cincuenta años (fuente americana)—, hay que contar con el punto de partida, que era el del caos.

Inmediatamente después de proclamada la independencia —en los primeros meses de 1950—, China se enfrentó con la barrera de los Estados Unidos («containment») y concluyó la alianza con la Unión Soviética. China había ofrecido a Estados Unidos un acuerdo de relaciones diplomáticas y de comercio, y Estados Unidos respondieron con una condición: neutralidad, que debía reflejarse en la suspensión de las negociaciones con la URSS para una alianza especial. China no aceptó. Washington respondió no reconociendo el nuevo régimen de Pekín y con una serie de amenazas directas a China: bloqueo económico, presión sobre otros países con la misma finalidad, armas y dinero para Chiang Kai-Shek (en Formosa), refuerzo de sus guarniciones en la Jaón. Las negociaciones con la URSS terminaron en febrero de 1950. «Discutí con Stalin en Moscú durante dos meses —ha escrito después Mao—. Discutimos acerca del tratado de Alianza y asistencia mutua, del ferrocarril de Manchuria, de la posibilidad de crear entidades mutuas y acerca de nuestra frontera común. La actitud china era ésta: si estábamos en desacuerdo con alguna propuesta de Stalin, nos enfrentábamos con él. Pero si realmente insistía, teníamos que acceder, porque nosotros considerábamos los intereses del socialismo como un todo. Cuando nuestra revolución triunfó, Stalin dijo que se trataba de un fraude.



Mao ha alcanzado los ochenta años, y los rumores sobre su mal estado de salud son cada vez más frecuentes.

Pero cuando luchamos en Corea, decidió que nuestra revolución era auténtica.

La guerra de Corea comenzó en 1950 (junio) y duraría hasta julio de 1953. Se ha acusado a China de

lanzar la guerra de Corea y es un error histórico. China no tenía ningún interés en entrar en una guerra dura en el momento en que estaba estabilizando su situación interior, luchando contra las enormes bandas armadas —sobre todo, remanentes del ejército nacionalista— y edificando su «rehabilitación económica», como se llamó el amplio plan de reparto de tierras y reforma agraria y de lucha contra la corrupción feudal en las provincias lejanas. China intentaba en ese momento desmovilizar una gran parte del Ejército de Liberación para dedicar sus hombres a las tareas de reconstrucción. La guerra comenzó en junio, y China no intervino hasta octubre: cuando creyó que las fuerzas del General McArthur amenazaban directamente China, y que podría producirse en el continente un desembarco de los ejércitos de Chiang apoyados por los Estados Unidos. Es probable que si Estados Unidos y sobre todo el arrogante General McArthur no hubiesen dado sensación de atacar a China, el conflicto se habría limitado a Corea y el Sur hubiese devorado al Norte, con la ayuda de los ejércitos llamados de las Naciones Unidas. La consecuencia de la intervención china, aunque se hiciera bajo especie de voluntariado, fue que ésta fuese declarada en las Naciones Unidas «país agresor» y se reforzase su bloqueo económico. Los historiadores chinos actuales se quejan de que en aquella época la ayuda soviética fue escasa.

La guerra de Corea hizo creer a algunos de los anticomunistas de China que el régimen caería ante el empuje de los Estados Unidos: según las autoridades de Pekín, comenzaron en el Interior acciones de «sabotaje, banditismo y espionaje». Se realizó una represión durísima: las cifras occidentales hablaron de una purga de veinte millones de personas, pero no llegaron a un millón. Una cifra de todas maneras abrumadora, pero dentro de la escala de seiscientos millones de habitantes (cifra aproximada: en esa época no había un censo concreto). Pero los Estados Unidos no invadieron China. Si su primer error —desde el punto de vista americano— fue el hacer creer a China con sus amenazas que iba a ser atacada (la propaganda iba dirigida precisamente a evitar que interviniese, pero se sobresaturó y causó el efecto contrario); el segundo error, siempre desde su punto de vista, fue el no haber consumado realmente la ocupación, como pretendía McArthur (destituido por Truman). Ahora se sabe, por la historia de las relaciones entre China y la URSS, que los soviéticos no habrían intervenido, que era lo que temía Washington.

En 1953, aún en la guerra de Corea, China lanzó su primer Plan Quinquenal, sobre una base de cons-

trucción industrial, prevaleciendo sobre la agricultura. (Esta se adaptaba, sobre todo, a los planes de colectivización: en 1956 se lanzó la campaña de «aceleración de la colectivización», que quedaría completada en 1957). En el primer Plan Quinquenal se multiplicó por cuatro la producción de acero y por dos la del carbón. El Plan Quinquenal se hizo sobre el ejemplo de la Unión Soviética, «pero corrigiendo sus errores». La muerte de Stalin permitió que China recibiese más ayuda de la URSS.

En abril de 1955, China encontró un puesto preponderante en la Conferencia de Bandung, la primera que reunió a los países del tercer mundo. Se trataba entonces de hacer una especie de paz entre los países no alineados y occidentales, y el «espíritu de Bandung» fue enormemente importante, aunque no diera resultados, y más tarde se desmoronase. Durante la Conferencia, China hizo propuestas de negociación a los Estados Unidos y fueron directamente aceptadas. A partir de aquel momento comenzaron unos contactos a nivel de Embajadores en Ginebra, que luego se trasladarían a Varsovia. Prácticamente no han cesado nunca hasta que el viaje de Kissinger a Pekín inició relaciones más directas.

En el interior, una primera sucesión importante: el «caso Kao Kang», del nombre del presidente de la comisión del Plan: fue excluido de la dirección del partido con otros ocho miembros importantes. Kao Kang se suicidó. Ya se había celebrado el Primer Congreso Nacional del Pueblo (septiembre de 1954) que adoptó la Constitución china.

En 1956, Mao lanzó la «Campaña de las Cien Flores»: «Que cien escuelas rivalicen, que cien flores se abran». Parecía una consecuencia directa de la desestalinización iniciada en la URSS y una posibilidad de un comunismo pluralista. Era también una campaña dirigida a los intelectuales. El comunismo debía permitir la existencia de «contradicciones» entre el propio pueblo; no de una manera clandestina, sino abiertamente. Una gran propaganda de esta idea se hizo en el interior y en el exterior. Pero la realidad no sobrepasó la propaganda. Apenas tres meses después se había abandonado. Al parecer, por presiones del partido comunista, que vio aparecer en su propio terreno demasiadas contradicciones. China volvió muy pronto a la línea monolítica (la idea de las Cien Flores volvería más tarde, de otra forma, en la revolución cultural). Las Cien Flores quedaron enterradas en el VIII Congreso del Partido (septiembre de 1956), en el que se ensalzó la necesidad de la dirección colectiva: la lucha de clases había que terminarla en el interior, mientras que en el exterior era posible una paz duradera. Es decir, la penetración de las doctrinas soviéticas de coexistencia pacífica y desestalinización eran muy grandes, y, por tanto, se borraba del momento histórico la idea de la guerra inevitable entre los países capitalistas y los países comunistas. En noviembre de 1957, Mao iría a Moscú con una delegación china para asistir a la conferencia de partidos comunistas



Una imagen del desarrollo industrial de China: elementos de construcción prefabricados.

CHINA

del mundo, y firmaría el texto de una declaración conjunta. En el mes de julio de 1958 iría Krutchev a Pekín. Y asistirían a los primeros momentos de lo que se llamó el «Gran Salto adelante». Había terminado el primer Plan Quinquenal y se comenzaba el segundo: el «Salto» proponía conseguir en dos años lo que estaba previsto para cinco. Se aceleraron las comunas agrícolas, se comenzó la industrialización en medios rurales. La aceleración produjo quizá numerosos excesos, que denunció el ministro de Defensa, Pen Teh-huai; fue excluido del partido y acusado de krutchevismo: ya comenzaban las diferencias notables entre los dos países, que se irían agudizando. Pen fue sustituido por el Mariscal Lin Piao.

La gran controversia entre la URSS y China se haría pública en 1960, durante la reunión de partidos comunistas en Bucarest. Krutchev había hecho su famoso viaje por Estados Unidos, se había encontrado la fórmula de coexistencia del «espíritu de Camp David» y cuando regresó a Moscú lo hizo por Pekín, para dar explicaciones a los chinos. Fueron mal acogidas. En Pekín comenzó a sospecharse que la coexistencia entre Estados Unidos y la URSS se haría en detrimento de China (los comentaristas e historiadores actuales hacen remontar la querrela entre los dos países a la misma revolución china: Stalin no creyó nunca que el ejército de Mao venciese al de Chiang). La crítica china a la política mundial soviética, considerada como revisionista y contrarrevolucionaria, produjo la retirada de la ayuda soviética y de sus técnicos. Sin embargo, en noviembre de 1960 y en octubre de 1961 irían delegaciones chinas a Moscú (la última, presidida por Chu En-lai, con motivo del XXII Congreso del partido comunista de la URSS).

En 1960 se produjo el encuentro fronterizo con la India, que agudizó más las diferencias con la Unión Soviética, mientras en el interior se lanzaba la «Lucha contra el revisionismo»: la URSS había caído en el revisionismo y China debía evitar a toda costa una situación semejante. Los puntos esenciales eran los de mantener la lucha de clases interior y exterior: quedaron fijados en el «Movimiento de educación socialista», lanzado en 1963,

especialmente en medios rurales y entre los intelectuales, y en los veinticinco puntos de la carta que el partido comunista chino dirigía al soviético. La reunión entre chinos y soviéticos en julio de 1963 no daría resultado; después de ella, se produjo la respuesta del partido soviético a los 25 puntos. Aún se agudizaría más la diferencia después de la firma por la URSS y los Estados Unidos del tratado de prohibición parcial de ensayos nucleares, que a China le pareció una traición a la clase proletaria mundial. En realidad, China llevaba ya varios años preparando su bomba atómica. Parece que en un principio recibió ayuda técnica, en material y en dinero de la URSS, pero que ésta le fue retirada en un momento en que los soviéticos creían que sin tal ayuda la China nunca tendría su bomba. Sin embargo, el proceso de investigación y fabricación prosiguió, y China realizó su primera explosión en octubre de 1964.

En la lucha ideológica, el «Libro Rojo» de Mao Tse-tung, mandado editar por Lin Piao, ministro de Defensa, marcaba los pensamientos «correctos» frente al «revisionismo» de Moscú. La caída de Krutchev hizo pensar que podrían ser salvadas las diferencias entre los dos países; sobre todo cuando Chu En-lai asistió personalmente a las fiestas del XLVII aniversario de la revolución de octubre (1964); sin embargo, la polémica volvió a estallar, y el partido chino se negó a estar presente en la reunión consultiva para una conferencia mundial de partidos comunistas (marzo de 1965).

En cambio, lanzó la Revolución Cultural. El tema venía preparándose desde el «Movimiento de educación socialista» y desde la edición del «Libro Rojo». El fenómeno de la Revolución Cultural es todavía mal comprendido en occidente, a pesar de haberse escrito centenares de libros y artículos sobre él. La coincidencia de movimientos juveniles en el mundo occidental y en el comunista hizo pensar que Mao trató solamente de apoyarse en la juventud china, de forma que encontrase ocasión de manifestarse, pero situándose él mismo al frente de esa manifestación. Efectivamente, los pequeños «Guardias Rojos» fueron los protagonistas más visibles. Había también una

gran parte de lucha por el poder, de lucha por la sucesión. La Revolución Cultural duró dos años, se llevó por delante figuras muy importantes del partido, cometió excesos de izquierdismo, y finalmente fue dominada por el ejército en 1968. En abril de 1969 se analizaron los resultados de la Revolución Cultural, en la reunión del noveno Congreso del partido. El informe general fue leído por Lin Piao, que quedaba así confirmado como el sucesor legítimo de Mao. Pero ese Congreso tenía también un tema grave que contemplar: los incidentes fronterizos entre la URSS y China en el mes de marzo. Se acordó negociar una vez más con la URSS, y Chu En-lai conferenció el 11 de septiembre de 1969 con Kossighin. Aunque aún habría incidentes fronterizos, relacionados ya con los «tratados injustos» firmados por China en la época de los zares, la situación en las fronteras tendería a estabilizarse.

Al mismo tiempo, China trabajaba en el sentido de una aproximación con occidente. Si en 1970 Mao anunciaba que «Hoy, en el mundo, la tendencia principal es la de la revolución», la realidad era que las conversaciones de Varsovia con los Estados Unidos progresaban notablemente. Y en octubre de 1971, China ingresaría en las Naciones Unidas, al mismo tiempo que se daban algunos detalles del «caso Lin Piao»: el sucesor de Mao había sido desmascarado en septiembre de 1971: preparaba un golpe de estado contra Mao, probablemente de acuerdo con la Unión Soviética, tal vez para oponerse a los acuerdos chinos con la URSS... El tema está sin aclarar enteramente. Lin Piao, descubierta, trató de huir a la Unión Soviética con sus principales colaboradores, y su aparato cayó: no se sabe si fue derribado o por accidente. Todos murieron.

En 1972, China coronó sus relaciones con los Estados Unidos: después de una visita clandestina de Kissinger, revelada más tarde, el Presidente Nixon voló a Pekín, se intercambiaron palabras calurosas, y Estados Unidos interrumpió el bloqueo a China. Numerosos países se apresuraron a entablar relaciones diplomáticas y comerciales (Francia había precedido este movimiento, Gran Bretaña no las había roto nunca).

En 1973 se celebró el décimo Congreso del partido y se lanzó la campaña contra Confucio. El viejo filósofo y gobernante ha servido y sirve aún como metáfora para criticar ciertas formas de gobierno y para rehacer algunas otras perdidas en la Revolución Cultural. Sus resultados se esperan para el Congreso Nacional del Pueblo (el anterior se celebró en 1964).

La principal incógnita de China de hoy es la de la sucesión en los dos grandes puestos del poder: los de Mao Tse-tung y Chu En-lai. Mao ha alcanzado los ochenta años, y los rumores acerca de su mal estado de salud son cada vez más frecuentes. Chu En-lai es más joven, setenta y un años; pero su salud es realmente precaria. Estaba en un hospital el 1 de octubre; asistió a los actos de conmemoración, y regresó al hospital. ■